

Juan ALONSO GARCÍA, *Fe y experiencia cristiana. La teología de Jean Mouroux*, Eunsa («Colección Teológica», 107), Pamplona 2002, 328 pp., 16 x 24, ISBN 84-313-2027-3.

Jean Mouroux es conocido para el público español sobre todo por esa obra lograda que es *Creo en ti*, y algo menos por las traducciones españolas de *Le mystère du temps* y *Sens chrétien de l'homme* (ésta última, recientemente publicada en Ediciones Palabra). No existía, sin embargo, ninguna obra de aliento sobre el teólogo dijónés al que se reconoce, sin embargo un lugar innegable en la teología europea del siglo XX.

La existencia de una importante generación de teólogos que situaron su trabajo en los años anteriores y posteriores al Vaticano II no ofrece dudas. Ellos son los que fraguaron la teología europea de la primera mitad de siglo, la que preparó y acabó teniendo una recepción notable en el Concilio Vaticano II. Cualquier estudiante de teología sabe que nombres como los de Y. Congar, H. De Lubac, J. Daniélou —por citar solamente algunos teólogos, como Mouroux, de habla francesa— están entre aquellos a los que se debe la renovación teológica en el siglo pasado. Estas y otras figuras han participado de una comunidad de espíritu y de un objetivo eclesial, más allá de las diferencias de cada individualidad.

La suerte de esa generación teológica ha sido desigual si se toma en cuenta la valoración que la teología posterior ha realizado de los diversos teólogos. El centro en torno al cual han girado las diversas valoraciones ha sido el Vaticano II y, quizás en mayor medida, el llamado «espíritu conciliar». En los años setenta, sobre todo, resultó inevitable a los teólogos tomar postura entre opciones divergentes e incluso opuestas en aspectos esenciales. De este modo tuvo lugar un cierto distanciamiento de algunos de ellos respecto del itinerario que tomaba parte de la teología. La razón no era solamente de orden científico o de sensibilidad, sino de orden eclesial. Juzgaban que el impulso del concilio no solamente se corrompía por estancamiento debido a la resistencia de posturas he-

redadas del pasado, sino también por una exacerbación de la crítica y por el alejamiento de muchas propuestas teológicas de la perspectiva cristiana y católica. Al estancamiento de unos, correspondería la disolución de otros. En cualquier caso, se trataba de una pérdida a la que algunos de esos teólogos no se resignaron.

El precio que pagaron fue alto. Henri de Lubac, por ejemplo, lo mismo que Daniélou, y en menor medida Congar, experimentaron entonces el olvido y la preterición de sus obras. De ser autores de avanzada, pasaron a ser considerados como teólogos sin demasiado interés cuyas obras no valía la pena reeditar. Y así hasta que transcurrieron los años y nuevas levas de profesores de teología redescubrieron la fuerza y la sentida inspiración de su pensamiento aliadas con un auténtico sentido eclesial.

¿Qué sucedía entre tanto con Mouroux? El caso del teólogo dijónés tiene muchos rasgos en común con los de los nombres citados. Como ellos, experimentó, primero, el reconocimiento para conocer posteriormente el olvido. Ahora, de nuevo, cuando han transcurrido más de veinticinco años desde su muerte, la obra de Mouroux vuelve a mostrar —y esta monografía es una prueba de ello— un pensamiento profundo y actual, que, al ser recuperado, muestra que no ha perdido vigor.

Hay, sin embargo, una diferencia esencial entre la figura de Mouroux y la de los otros teólogos que han sido mencionados u otros que con razón podrían serlo. Se trata de una característica propia, la de haber sido —como en su momento le designó Moiolli— un «maestro solitario». Detrás de esta expresión se encierra toda una realidad que es preciso conocer para entender el alcance y también las limitaciones de su pensamiento teológico.

Jean Mouroux fue sacerdote diocesano de la diócesis de Dijon. Esta afirmación lleva detrás de ella una serie de implícitos que no conviene olvidar. Dicho negativamente, significa que Mouroux no fue religioso, y por tanto no estaba inserto en una escuela o tradición teológica como la que era propia de las congregaciones religiosas, ni contó con el apoyo que eventualmente podía recibir de este contexto. Así las cosas, el dinamismo de su vida intelectual debía responder sobre todo a su propio impulso. Por otro lado, en la Francia en que vivió no existían las posibilidades que, en Alemania, por ejemplo se ofrecían a sacerdotes seculares (piénsese en K. Adam, R. Guardini, M. Schmaus y, más recientemente, en J. Ratzinger o W. Kasper).

Era inevitable, pues, que, en su trabajo teológico, Mouroux fuera bastante autodidacta. Como nos recuerda Juan Alonso, es sintomático que no contara ni siquiera con la licenciatura en Teología, y que lo que obtuvo en Lyon

fuera la licenciatura en Letras. Ventajas e inconvenientes acompañan necesariamente a este desarrollo de los hechos de su vida. Por un lado, ese aislamiento hizo posible el germinar de intuiciones originales y frescas como las que se encuentran en su teología de la fe y en su antropología, intuiciones sin el lastre de tener que guardar las proporciones con los temas y modos de una determinada escuela. Pero por otro lado, el autodidactismo conlleva el riesgo de una mayor dificultad para el diálogo con otras posturas y, quizás, una menor disposición para el compromiso. La situación de Mouroux, le llevó necesariamente a que los temas se los proporcionara sobre todo la experiencia personal y, de modo particular, su experiencia formativa y pastoral. «En mi caso, —son sus palabras— la experiencia o las experiencias personales han estado la mayor parte de las veces en el origen de mis investigaciones o publicaciones».

Su trabajo de formador en el Seminario diocesano de Dijon y el abundante ejercicio del ministerio sacerdotal pusieron ante los ojos de Mouroux los temas que a sus ojos demandaban una profundización, y que eran los que podríamos llamar temas *punte* de la teología, aquellos en los que resulta necesario ocuparse de la realidad concreta: el hombre, la fe, la experiencia, el tiempo... También muestran la necesidad de esclarecimiento las cuestiones inmediatamente relacionadas con la pastoral: los sacramentos —la Eucaristía, especialmente— la moral, la acción apostólica, la educación, etc. Lejos de representar cuestiones marginales, resulta que esos temas tocan el núcleo de la teología. Hablar teológicamente del hombre, de la fe, de la Eucaristía, etc., no se puede hacer sin mostrar la íntima relación que todos ellos guardan con la Trinidad, Cristo, la Iglesia o la redención.

Metodológicamente, Mouroux parte de síntesis fraguadas por la integración de información, reflexión y experiencia, y a partir de ahí procede a discriminar los elementos que integran el todo. Sin duda que un impulso poderoso para este modo de proceder le advino del influjo de su paisano Maurice Blondel para quien la precedencia de la síntesis sobre el análisis era un postulado fundamental del correcto pensar. De Blondel procede la comparación entre el lingote de oro que es más tarde hecho monedas; primero es el todo, y sólo después vienen las partes. De modo semejante, Mouroux *ve* primero la unidad del objeto (sea el hombre, Cristo, etc.) y a continuación estudia las partes que deben mantener una constante referencia al todo.

Lo que aquí venimos diciendo es lo que el lector encontrará —espero— en el trabajo de Juan Alonso, sólo que justificado a partir de los mismos textos de Mouroux y del contexto de su persona y acción. Una mirada superficial podría llevar a pensar que las tres grandes partes de este trabajo están simplemente dedicadas cada una a una obra de Mouroux. En realidad, sin embargo, Alon-

so arranca de una obra del autor que estudia y a partir de ahí realiza un auténtico itinerario de exposición y revisión crítica de cuestiones tan eternas para la teología como son la antropología, la fe y la experiencia. Con ello, muestra la fuerza inspiradora del canónigo dijónés, proporciona elementos y abre perspectivas para la síntesis que cada uno debe realizar sobre estos grandes asuntos. Por otra parte, el capítulo biográfico que abre la monografía ofrece un acervo de información, sumamente interesante y desconocida hasta ahora, sobre la vida y el modo de ver las cosas que tenía Mouroux. Como nos recuerda el autor, ha sido necesario dedicar bastante tiempo a la investigación en los *Fonds Mouroux*, de Dijon, para poder ofrecerla en estas páginas.

La obra de Juan Alonso recupera a Mouroux, para presentarnos no una reliquia del pasado, sino un pensamiento actual y estimulante. No cabe duda de que los lectores interesados en una teología actual, pero que no está demasiado atada al momento, encontrarán en esta monografía una lectura enriquecedora y luz para comprender los temas teológicos que no pasan: el hombre y su relación con Dios.

César IZQUIERDO

Juan Luis BASTERO DE ELEIZALDE, *Virgen singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, («Cuestiones fundamentales»), Rialp, Madrid 2001, 271 pp., 16 x 24, ISBN 84-321-3347-7.

Hace unos pocos años publicamos una reseña del Manual de mariología escrito por el profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Juan Luis Bastero (cfr. «Annales Theologici» 12 [1998] 262-263). El libro que presentamos a continuación se coloca en cierto modo en continuidad con el anterior, pues recoge algunos temas que en aquel momento no fue posible abordar, a causa del corte didáctico propio de todo manual. Como el autor señala en la *Introducción* (pp. 11-16), es éste un libro que pretende servir de orientación a todas aquellas personas interesadas en la ciencia teológica, aunque no se dediquen profesionalmente a la mariología. El libro quiere mostrar las vicisitudes que algunas de las prerrogativas marianas han tenido a lo largo del siglo XX así como los planteamientos teológicos que las pudieron originar.

El primer capítulo (pp. 17-57) —*La maternidad divina en las cristologías recientes*— tiene por objeto mostrar la incidencia producida por las doctrinas cristológicas actuales en el dogma de la maternidad divina. El autor se centra exclusivamente en las cristologías de autores católicos y examina en concreto los trabajos de K. Rahner, A. Hulsbosch, P. Schoonenberg, E. Schillebeeckx, H.